

# El artículo

valentin prieto



Image not found.

# Capítulo 1

Seré introducido por mi mismo, sin miedo a que esto pudiera perjudicarme aún más, y narraré los eventos que ocurrieron y por los cuales, caballeros, los han traído aquí.

La amable casa de estudios sociales me ha dado la enorme responsabilidad de instruir las endebles mentes en los temas teosóficos más actuales de nuestra época. Quedan descartados de este modo los estudios de las religiones más convencionales y profesadas.

Durante el primer semestre, hasta el receso de invierno, abordamos subrepticias costumbres y rituales de sectas, grupos y cultos religiosos modernos cuya concepción fue gracias a los acontecimientos más remarcados durante los últimos años. Ahora bien, estas congregaciones han adoptado en su desenvolverse cotidiano algunas prácticas cuestionables por no decir ilegales. Todo pareciera apuntar más a especies sectas modernas que comparten el formato de sus predecesoras un poco adaptado a las necesidades modernas.

Como punto de partida identificamos una serie de factores que han servido de poderoso fertilizante para la formación de estos grupos. Destacamos, casi por consenso general, que la globalización y la revolución de las comunicaciones son el denominador común, el enlace esencial, que conecta a todas ellas. Más específicamente es la internet la puerta a este mundo subterráneo. Aunque yo lo llamaría paralelo debido a que estamos en permanente contacto con él.

Otras causas probables de estas conductas serían: el terrorismo, el nacionalismo, la xenofobia, la política, el narcotráfico, la pederastia y numerosos trastornos psicológicos.

Aquí termina mi introducción, la de mi materia, y comienza mi defensa. Descubrirán pronto, debido a su profesionalismo, que soy inocente y que sustento esto en base a los hechos. Lo único de que se me puede culpar es de ser un idiota.

Esta mañana, como todas las anteriores, llegué a mi despacho ubicado en la tercera planta del ala vieja de la universidad. La lluvia seguía inclemente ya desde hace tres días. Entré en la pequeña oficina y noté que por el techo se había filtrado agua. Junto a la pequeña estufa móvil de gas que estaba encendida se había producido una humedad espantosa que cubría tanto armarios como archiveros. Abrí la ventana que daba al gran patio y pude ventilar el nicho que comparto con mi ayudante de

catedra.

El campus había adoptado una tonalidad gris y melancólica debido a la lluvia. Para los poetas y amantes del café hoy era un día para nada desagradable. Yo en cambio me sentía cansado y agobiado.

La computadora estaba encendida; esto lo comprobé debido a la débil luz rojiza que desprendía el CPU debajo del escritorio. Tratando de hacer memoria no podía recordar si ayer la había apagado. Los últimos dos días han sido un calvario ya que nos acercamos al receso y todos los trabajos comienzan a acumularse al mismo tiempo que los exámenes. Hace bastante tiempo que estoy luchando por una reestructuración de la catedra y sus horarios.

Verán, tengo una actitud que imposibilita admisión alguna de mis descuidos, asique concluí rápidamente, sin meditarlo siquiera, que mi ayudante era el responsable debido a que fue el último en salir del cuarto el día de ayer.

Consulté el reloj circular colgado en la pared y vi que faltaban veinte minutos para el comienzo de la clase. Me senté frente al monitor, quite el bloqueo de pantalla y deslice el puntero del mouse hacia el icono de apagado. Me percate de pronto que había una pestaña de internet abierta en la barra de herramientas asique la expandí. La bandeja de entrada de mi correo apareció frente a mí. Otro descuido de mí distraído ayudante.

Un nuevo email no leído. Tenía tiempo de sobra asique procedí a echarle un vistazo ya que era el único en toda la bandeja. La dirección del remitente me era desconocida y el asunto bastante escueto:

-Lea el artículo-

Abrí el email y pude ver que contenía el extracto de un artículo perteneciente a un diario. En una época en que las editoriales periodísticas optan cada día mas por las plataformas digitales, ofreciendo así una gran gama de contenidos, la persona que me mandó el email se había tomado las molestias de recortar y escanear dicha sección de un diario que no reconocía.

No despertó en mi ningún interés la nota. El periodista que la había escrito hablaba sobre un grupo llamado "***puer diligentibus***", amor al niño si lo traducimos literalmente al latín. En el centro de la nota se explicaba lo que parecía ser una especie de secta fundamentalista y arraigada a la pedofilia. Cinco columnas que explicaban como perpetraban agresiones y violaciones, en especial a niñas pertenecientes a grupos étnicos. Al final de la nota el columnista concluía que se trataban, según el accionar de estos individuos, de actos de purificación y expiación de la maldad regente en el "recipiente sagrado". Para mis adentros concluí varias otras cosas

que la persona que escribió la nota, por omisión o desconocimiento en la materia, había olvidado mencionar. Racismo, resentimiento, nacionalismo extremo, pedofilia, sadismo y muchas otras cosas que surgían de mi mente. Al final del email había un link en letras azules con caracteres anormales, pero ¿Qué dirección no los tenía?

Me di cuenta que era tarde y que la clase ya tendría que haber comenzado hace tres minutos. Tomé el maletín, cerré de un portazo la oficina y corrí escaleras abajo hasta el salón 19.

Atravesé las grandes puertas del salón-auditorio y, bajando los exactamente cuarenta escalones, llegué a la mesa central. Mi ayudante estaba sentado en la silla de al lado y ya había pasado lista. Punto a favor aunque no debía olvidarme de mencionar su descuido en el despacho.

El reporte sugiere que en mi clase asisten alrededor de treinta estudiantes, pero esta mañana solo había veinte; a diez de ellos ya los había despachado la semana pasada y tendrán que recusar la materia el año que viene. Espero poder verlos, porque como se ven las cosas, creo que yo no estaré aquí dando clases.

Saludé a los exhaustos alumnos cuyas cabezas estaban metidas en las vacaciones de invierno que en la clase de estudios teosóficos y comportamiento social. Abrí mi maletín y descubrí encolerizado que había dejado los papales de la clase en mi departamento. Realmente los últimos dos días habían sido un calvario. Esto sí que no podía echárselo en cara a mi ayudante ya que él no preparaba las clases, sino yo.

Detectives, aquí comienza mi calvario profesional y judicial. Antes mencioné que soy poseedor de una mente brillante y es culpa de esa mente que en menos de un minuto ya había elaborado una forma de salvar la clase. No tuve mejor idea que realizar un debate en base al insípido artículo que había leído anteriormente en mi despacho y que carecía totalmente de lo esencial para construir una clase decente. Con tal de salvar mi orgullo profesional conecté la notebook del ayudante al proyector, abrí mi correo y a continuación el artículo. Un minuto después el auditorio se sumió en una oscuridad que se filtró por todos lados para luego replegarse al fondo, consecuencia de la poderosa luz que generaba el aparato óptico.

Contrario a todos mis pronósticos, en no menos de diez minutos se desarrolló un acalorado debate entre los presentes. Subestimé a mis alumnos, pues de ellos salieron las ideas y teorías más aplicables al caso que teníamos delante de nosotros, desplegado en la enorme pantalla. El análisis sociológico y psicológico en que se sustentaban los argumentos de unos y los de otros convirtieron al salón en un auténtico foro de profesionales. Me recline sobre mi silla y deje que todo fluyera, tranquilo, a veces impartiendo mi juicio en caso de que dos personas se pasaran de

tono.

Faltaba no más de quince minutos para el final cuando uno de los rezagados del fondo, que no había participado mucho, posó su mirada en el link al final del email. Cuando me preguntó si era la continuación de la nota, no supe que decirle. Habré balbuceado algo que seguro nadie, ni siquiera los de la primera fila, habrían entendido. Mire a mi ayudante y supe por como levantaba los hombros que él no podría salvarme. ¿Qué hice a continuación? Pues lo más obvio, seguir el impulso de posar el puntero en esa extraña combinación de letras, signos y números.

Fuimos conducidos a una extraña página de pobre formato, carencia de diseño, mal gusto y adornadas por letras al revés. Probablemente rusas.

¿Por qué no suspendí la clase? Estúpido, estúpido, estúpido.

No podíamos dar crédito a lo que veíamos. En todos mis años de enseñanza no había cometido un error tan grande como este. ¿Cómo me deje llevar por mi orgullo? ¿Qué valía perder una miserable hora de clase antes del receso de invierno? Para colmo nunca nos dimos cuenta de revisar los amplificadores que están conectados al equipo de proyección. Irónico, la facultad había gastado una buena cantidad en la instalación del sonido envolvente y la modificación del auditorio para potenciarlo.

El sonido llenó todo el lugar y fue algo que ninguno de los que allí estábamos podrá olvidar jamás. El video se reprodujo automáticamente, no hubo chance alguna de prevenirlo. A estas alturas saben el contenido del video y su nombre. Para muchos es solo un mito de la Deep Web; para la gente normal claro. Si alguno no creía en la perversidad y la maldad del hombre, hoy la habrán descubierto.

La destrucción de Daisy (Daisy`s Destruction en inglés) así se titula. La demoniaca cinta producto de mentes que ya no pueden ser catalogadas de enfermas. Contados minutos en donde se ve como tres adultos abusan, torturan, violan, y masacran a una inocente niña seguramente de unos diez años. Como ver al infierno a través de una gigantesca ventana de veinticinco metros cuadrados. Un cuadrado de luz endemoniado que reproducía el abominable contenido sin compasión alguna.

Los gritos desenfundados y desgarradores de una pequeña criatura indefensa y rebajada a lo peor que le podría ocurrir a alguien. El miedo que debió sentir, las lágrimas y, lo peor de todo, las risas de esas personas que nos dejaron a todos con un daño peor al de un cuchillo que se hunde lentamente entre las uñas de la mano.

Mi vista se alternaba entre la proyección, los parlantes, los alumnos y mi ayudante. Vi llanto, vómitos, inclusive a los rezagados del fondo que huyeron, en el mejor sentido de la palabra, por las puertas que conducen

al pasillo.

Risas y gritos. Gritos y risas. Llanto y risas. El infernal carnaval que nos estaba entregando su mejor show.

Todo terminó cuando pateé la mesa y la notebook cayó al piso. La oscuridad, bendita oscuridad, nos cubrió de nuevo y lo único que se sentía era los sollozos de una chica a la que no podía ver. Después de unos minutos rompió un llanto, no estoy seguro si pertenecía a la misma muchacha, y las luces del gran salón iluminaron los rostros de aquellos que seguramente habremos quedado traumatados de por vida.